

PERIÓDICO SATÍRICO DE CIENCIAS MÉDICAS.

Se suscribe en Madrid librería de Monier, de Cuesta y Villa; en provincias en las principales librerías y en las subdelegaciones de Medicina y Farmacia. También se hacen por medio de libranzas de correos, dirigidas FRANCAS DE PORTE al administrador de la LINTERNA, calle de los Estudios, número 9, cuarto principal.

EL ENCARNIZAMIENTO DE LA LUCHA.

La *Linterna Médica* se presentó en la arena periodística, instigada por la necesidad: sus redactores, profesores de los tres ramos de las ciencias médicas, ayudados de personas conocidas en el terreno literario y no ajenas por cierto á la ciencia de Esculapio, emprendieron una lucha, cuyo desenlace pronosticaban: lucha terrible, pero necesaria; lucha sangrienta, pero útil; lucha ruidosa y cuanto mas ruidosa de mas trascendentales consecuencias. Nos explicaremos. Años hace que algunos facultativos habian ensayado en España el sistema de Hahneman, sino con prósperos resultados, al menos con decoro, con conciencia, con dignidad: nunca olvidándose de que eran médicos, de que pertenecian á una clase tan necesaria en la sociedad, como digna de ser respetada; en una palabra procedian con la fé de la investigacion, con vivos deseos de los adelantos científicos, y sus trabajos tenían el noble fin de aspirar á la conquista de una verdad mas en esa ciencia tan dudosa, pero tan útil á la humanidad.

El apostol de la homeopatía sentó un precedente funesto: al desenvolver su sistema cometió el torpe error de negar todo lo probable, todo lo conocido, todo lo cierto, que tiene y ha tenido la verdadera medicina. Quiso fundar un sistema cuya base se habia de sentar en los escombros de los adelantos de los siglos; es decir, que segun la pretension de Hahneman, la medicina habia nacido, ó mejor dicho se habia empezado á ejercer dignamente el día, en que él, dando por cierto su aforismo de *similia similibus* lo habia puesto en práctica con la cooperacion de las dosis infinitesimales. No le bastó sin embargo querer destruir los cimientos de la ciencia, hizo una furiosa agresion á los hombres, y concluyó por apellidar á los que ejercian las ciencias médicas, verdugos de la humanidad. ¡Funesto ejemplo, terrible precedente, que ha servido despues de escudo á algunos pseudo-médicos para comerciar con la salud pública, apoyados en esa frase injusta y criminal! Pero dejemos á Samuel y vengamos á parar á los imprudentes sostenedores de su doctrina.

A imitacion de lo que se habia verificado en el extranjero, la prensa médica se ocupó de la discusion razonada del sistema de los semejantes, y algunos de sus defensores hicieron esfuerzos honrosos y laudables, y si no consiguieron el resultado que apetecian, no fué culpa de los sustentadores, sino de lo malo de la causa que defendian. Buena prueba de esta verdad son los periódicos homeopáticos dirigidos por don Pio Hernandez, uno de los médicos homeopatas que con una fé digna de mejor causa se ha lanzado á explicar las doctrinas hahnemánicas en las cátedras del *Instituto Español y Ateneo de Madrid*. Adversarios leales gozamos en hacer justicia á este aplicado jóven por las armas de buena ley con que ha querido hacer triunfar su predilecto sistema. Pero esta marcha no convenia á los que faltos de fé, de ciencia y conviccion se adherian á la doctrina homeopática, para saciar su voracidad de oro y placeres: comprendieron pues, que la novedad revestida con la capa misteriosa de la nigromancia les preparaba una cosecha segura de pingües utilidades; y al mismo tiempo que hacian publicar sus fabulosas curaciones, al mismo tiempo que excitaban la curiosidad pública; al mismo tiempo que se introducian en los gabinetes de las damas y en los despachos de los magnates á adular su vanidad, ofreciéndoles rejuvenecimiento en su edad, curacion de celos, satisfaccion de pasiones, y cura completa de todos los males habidos y por haber, se complacian en desacreditar no solo á los médicos, cirujanos y farmacéuticos españoles de mas reputacion y prestigio en la escuela llamada alopática, sino tambien á esos homeopatas juiciosos, á esos médicos que deseosos de que la conviccion sea producto de la buena discusion se iban al terreno de la

ciencia y del decoro á buscar los argumentos para apoyar sus razones.

La pandilla que así obraba reconocia por gefo un hombre lego en la ciencia, un hombre que hace ostentacion de tener un título médico alcanzado por una real orden, un hombre sin estudios y sin mas principios que su osadía sin limites: ese hombre impuso su voluntad á esa pandilla, y esa pandilla se dedicó desde entonces á sostener á su amo para sostenerse á sí misma, y se propuso hacerse tan exclusiva y absoluta entre los demas, como su señor lo era con ella. Para conseguir esto, todos los medios eran buenos: no solo rechazaban amo y pandilla, los principios fundamentales de la ciencia, negando toda consideracion á los hombres que con mas aprovechamiento la ejercian, sino que públicamente propalaban que todos los homeopatas que no pertenecian á su camarilla, ni sabian administrar la homeopatía, ni eran homeopatas. Los alaridos de esa falange llegaron hasta el despacho de un ministro imprevisor, y dando crédito á los esfuerzos de la charlatanería, y sin mirar las fatales consecuencias de un paso tan poco meditado, hizo la concesion de una clínica homeopática para la experimentacion del sistema.

Los maestros de la escuela de medicina de Madrid que hasta entonces habian juzgado á la homeopatía como indigna de los honores de la seria discusion, llevaron al palenque científico esa doctrina, no solo para ilustrar á los discípulos en todo lo que de absurdo contenia ese sistema, sino para que los profanos se persuadieran de que solo la farsa ó la alucinacion, hija del estravio de las buenas ideas médicas podian reudir culto á las locuras del agresivo Hahneman. Lo mas notable que Madrid encierra en letras, en administracion, en política, en ciencias, concurrió á condonar con su unánime aprobacion ese furor homeopático de los alucinados y de los interesados en el sostenimiento de esa aberracion humana, afrenta eterna del siglo en que vivimos. La voz de los maestros, la de los discípulos y la de los simples oyentes marchaba acorde pronunciando la irrevocable derrota de los delirios del sajón, condenándolos al escarnio público, como merecedores de esa única honra. Desde entonces la pública opinion se fijó: desde entonces el gobierno de S. M. que con tanta precipitacion habia mandado crear la clínica homeopática, se mostró retraido y comprendiendo la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, de llevar á cabo medida tan antihumanitaria, se guareció tras el silencio, muro único que tenia de defensa para amoninar los efectos de su imprevision. Los Asuero, los Frau, los Corral y los Gutierrez hicieron un inmenso servicio á la ciencia, fijaron las opiniones de los discípulos, dieron valor á las opiniones de los profesores, y contuvieron el imprudente alharaca de muchos fascinados por la escitacion de los corifeos de la especulacion médica. Esas lecciones no pasaron como una inspiracion insegura y del momento, sino que impresas y circuladas con profusion son una denuncia eterna contra las pretensiones de esos avaros, para quienes la medicina, la sociedad, la filantropía son nada, y el oro todo en el siglo presente. Quien ha revatido esas lecciones? quién las revatirá? En Inglaterra se han traducido ya las del señor Corral y son altamente apreciadas como un cuerpo selecto de doctrina médica, de filosofía, y de moralidad: y qué hizo entonces la prensa política? qué discusiones promovió para que de ellas brotase la luz que guía á los gobiernos á tomar determinaciones justas y acertadas? Nada: cuestion de tanta importancia no merecía fijar la atencion de la prensa, ó cuando mas bastaba con dedicarla un párrafo de gaceta, como se dedica á un chascarrillo de un prendero ó de un aguador.

Ante derrota tan completa, los homeopatas de especulacion, los homeopatas de abuso, los homeopatas de miras interesadas temblaron por su porvenir, y se persuadieron que estaban conocidos, y que la ciencia les estrellaba ante el ludibrio público: y sin fuerzas,

sin convicciones para combatir en el terreno de las ideas y de la práctica, eligieron el campo de las agresiones personales: dirigieron sus tiros á las personas mas respetables, á los nombres mas conocidos, y á los principios mas incontrovertibles: pusieron en juego todas las malas artes de que echa mano una imaginacion cobarde y vengativa, interesada y escarnecida, ignorante y osada. Bajo tan felices auspicios nació el *Duende homeopático*: los pocos números de él publicados son un terrible testimonio de cuanto acabamos de esponer: ni la ciencia, ni los nombres, ni los derechos profesionales, ni la legislacion vigente, ni el sagrado de la vida privada estuvieron á cubierto de sus ataques, tan rastreros como atrevidos: se compraron ó alquilaron personas que insultasen bajo la inspiracion de los que siempre cobardes no sirven mas que para mover las figuras entre bastidores; en aquel periódico no hubo mas que elogios ó vituperios: elogios al idólo, representacion del becerro de oro; vituperios á lo mas noble y santo que tiene la ciencia. La prensa política leyó el *Duende* y continuó indiferente. Pero la autoridad política, escandalizada de la marcha de aquel periódico vergonzoso y afrentoso prohibió su circulacion, y dió una prueba de buen gobierno. Los rabinos, repuestos un poco de este golpe lanzáronse de nuevo á la palestra, con otro libelo digno del primero, á quien dieron por nombre *El Centinela*, que igual en un todo á su padre emprendió la marcha de su antecesor. La prensa política prosiguió sorda, la prensa política continuó indiferente. En tal estado, no era justo combatir las agresiones con la ciencia, las personalidades con prudencia, las falsedades con dulzura. Entonces comprendimos que la necesidad nos obligaba desenmascarar á esos hombres hipócritas que en tan mal camino buscaban el lucro de sus ambiciones, y aparecimos con la *Linterna*. Por inspiracion propia, con el noble deseo de defender las clases médicas, los derechos profesionales, los nombres sagrados y la santidad de la buena causa, nos lanzamos á la vida periodística agitada y violenta: adivinamos el escándalo, comprendimos la necesidad de él, y le buscamos: pero escándalo buscado en la verdad de las cosas, enardecido por la dureza de la forma. Dijimos, para que la prensa política se ocupe de asuntos de importancia, es preciso ruido y escándalo: ténganlos y ella vendrá á parar á donde tenia obligacion de haber llegado espontáneamente. Y no se haga la mogigata y la espantadiza, porque ella es la culpable de esta situacion insegura pero pasajera, en que se encuentra la medicina. La prensa política ha tenido la indiscrecion de dar cabida en sus columnas á narraciones de curas homeopáticas falsas propaladas con miras de interés, por los que explotaban la buena fé periodística. Estas curaciones se han creído, esas supuestas maravillas se han elogiado, y la farsa del charlatan ha sido elevada á la consideracion científica. Los verdaderos médicos, atentos solo á los severos deberes de su sagrado ministerio, no hacian alarde de sus curaciones, hijas de la práctica y del estudio: cumplian con su obligacion, pero no hacian alarde su habilidad: la modestia se diferencia siempre de la vana charlatanería. Cuando los periódicos políticos se han ocupado de dar cuenta de las multiplicadas curaciones hechas por nuestros médicos? Nunca: si curaban, se creía solo el cumplimiento de un deber y nada se les agradecia. Hoy esos apóstoles del desenfreno necesitan e os falsos anuncios para hacer clientela: necesitan vestir el ropaje del nigromante y recurrir á sortilegios para vender la buena ventura: necesitan calumniar á la medicina para entronizar la farsa. Esto ha sucedido siempre con los charlatanes y curanderos: esto sucede hoy con los homeopatas, por cuya razon se diferencian de los médicos.

Quienes sino estos homeopatas han introducido la costumbre de no visitar por menos de cuatro duros por visita? Quién ha llevado el escándalo hasta el punto de que un lacayo del nigromante exija á un